

## *Su Santidad León XIV*

### *Audiencia a los participantes en el Jubileo de las Iglesias Orientales*

**14 mayo 2025**

Aula Pablo VI - Ciudad del Vaticano

Beatitudes, Eminencia, Excelencias,  
queridos sacerdotes, consagradas y consagrados,  
hermanos y hermanas:  
¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!

Os saludo con las palabras que, en muchas regiones, el Oriente cristiano no se cansa de repetir en este tiempo pascual, profesando el núcleo central de la fe y la esperanza. Y es hermoso veros aquí precisamente con ocasión del Jubileo de la esperanza, cuyo fundamento indestructible es la resurrección de Jesús. ¡Bienvenidos a Roma! Me alegra encontrarme con vosotros y dedicar a los fieles orientales uno de los primeros encuentros de mi pontificado.

Sois valiosos. Al miraros, pienso en la variedad de vuestros orígenes, en la historia gloriosa y en los duros sufrimientos que muchas de vuestras comunidades han padecido o padecen. Y quisiera reiterar lo que dijo el Papa Francisco sobre las Iglesias Orientales: «Son Iglesias que deben ser amadas: conservan tradiciones espirituales y sapienciales únicas, y tienen mucho que decirnos sobre la vida cristiana, la sinodalidad y la liturgia; pensemos en los antiguos Padres, en los Concilios, en el monacato: tesoros inestimables para la Iglesia» (Discurso a los participantes en la Asamblea de la ROACO, 27 de junio de 2024).

Deseo también citar al Papa León XIII, quien fue el primero en dedicar un documento específico a la dignidad de vuestras Iglesias, basada ante todo en el hecho de que «la obra de la redención humana comenzó en Oriente» (cf. Carta ap. *Orientalium dignitas*, 30 de noviembre de 1894). Sí, tenéis «un papel único y privilegiado, como contexto originario de la Iglesia naciente» (San Juan Pablo II, Carta ap. *Oriente lumen*, 5). Es significativo que algunas de vuestras Liturgias —que estos días celebráis solemnemente en Roma según las diversas tradiciones— utilicen aún la lengua del Señor Jesús. Pero el Papa León XIII lanzó un apremiante llamamiento para que «la legítima variedad de liturgia y disciplina oriental [...] redunde en [...] mayor esplendor y utilidad de la Iglesia» (*Orientalium dignitas*). Su preocupación de entonces es muy actual, porque hoy muchos hermanos y hermanas orientales, entre ellos varios de vosotros, se ven obligados a huir de sus tierras por la guerra y la persecución, la inestabilidad y la pobreza, y corren el riesgo, al llegar a Occidente, de perder no solo su patria, sino también su identidad religiosa. Así, con el paso de las generaciones, se va diluyendo el patrimonio inestimable de las Iglesias Orientales.

Más de un siglo atrás, León XIII observó que «la conservación de los ritos orientales es más importante de lo que se cree» y, a tal fin, incluso ordenó que «todo misionero latino, del clero secular o regular, que con consejos o ayudas atrajera a algún oriental al rito latino», fuera «destituido y excluido de su oficio» (ibid.). Acojamos el llamamiento a custodiar y promover el Oriente cristiano, sobre todo en la diáspora; allí, además de erigir, donde sea posible y conveniente, circunscripciones orientales, es necesario sensibilizar a los latinos. En este sentido, pido al Dicasterio para las Iglesias Orientales, a quien agradezco su labor, que me ayude a definir principios, normas y directrices con las que los pastores latinos puedan apoyar concretamente a los católicos orientales de la diáspora, preservando sus tradiciones vivas y enriqueciendo con su especificidad el contexto en el que viven.

La Iglesia os necesita. ¡Qué grande es la aportación que puede ofrecernos hoy el Oriente cristiano! ¡Cuánto necesitamos recuperar el sentido del misterio, tan vivo en vuestras liturgias, que involucran a la persona en su totalidad, cantan la belleza de la salvación y suscitan asombro por la grandeza divina que abraza la pequeñez humana! Y qué importante es redescubrir, también en el Occidente cristiano, el sentido de la primacía de Dios, el valor de la mistagogía, de la intercesión constante, de la penitencia, del ayuno, del llanto por los propios pecados y por los del mundo entero (penthos), tan característicos de las espiritualidades orientales. Por eso es fundamental custodiar vuestras tradiciones sin diluirlas, tal vez por comodidad o conveniencia, de modo que no se corrompan por un espíritu consumista y utilitarista.

Vuestras espiritualidades, antiguas y siempre nuevas, son medicina. En ellas el sentido dramático de la miseria humana se une al asombro por la misericordia divina, de modo que nuestras bajezas no provocan desesperación, sino que invitan a acoger la gracia de ser criaturas sanadas, divinizadas y elevadas a las alturas celestiales. Necesitamos alabar y agradecer sin cesar al Señor por esto. Con vosotros podemos rezar las palabras de San Efrén el Sirio y decir a Jesús: «Gloria a ti que con tu cruz hiciste un puente sobre la muerte. [...] Gloria a ti que te revestiste del cuerpo del hombre mortal y lo transformaste en fuente de vida para todos los mortales» (Discurso sobre el Señor, 9). Es un don que hay que pedir: saber ver la certeza de la Pascua en cada sufrimiento de la vida y no desanimarnos, recordando, como escribía otro gran Padre oriental, que «el mayor pecado es no creer en las energías de la Resurrección» (San Isaac de Nínive, Sermones ascéticos, I,5).

¿Quién, entonces, más que vosotros, puede cantar palabras de esperanza en el abismo de la violencia? ¿Quién más que vosotros, que conocéis de cerca los horrores de la guerra, tanto que el Papa Francisco llamó a vuestras Iglesias «martiriales» (Discurso a la ROACO, cit.)? Es cierto: ¡desde Tierra Santa hasta Ucrania, del Líbano a Siria, del Medio Oriente al Tigray y al Cáucaso, cuánta violencia! Y sobre todo este horror, sobre las masacres de tantas vidas jóvenes, que deberían provocar indignación, porque, en nombre de conquistas militares, son personas las que mueren, se alza un llamamiento: no tanto del Papa, sino de Cristo, que repite: «¡Paz a vosotros!» (Jn 20,19.21.26). Y precisa: «La paz os dejo, mi paz os doy; no como la da el mundo, yo os la doy» (Jn 14,27). La paz de Cristo no es el silencio sepulcral tras el conflicto, ni el resultado de la imposición, sino un don que se dirige a las personas y reaviva la vida. Recemos por esta paz, que es reconciliación, perdón, valentía para pasar página y comenzar de nuevo.

Para que esta paz se difunda, emplearé todos mis esfuerzos. La Santa Sede está disponible para que los enemigos se encuentren y se miren a los ojos, para que a los pueblos se les devuelva la esperanza y la dignidad que merecen, la dignidad de la paz. Los pueblos desean la paz y yo, con el corazón en la mano, digo a los responsables de los pueblos: ¡encontrémonos, dialoguemos, negociemos! La guerra nunca es inevitable, las armas pueden y deben callar, porque no resuelven los problemas, sino que los agravan; porque pasará a la historia quien siembre paz, no quien siegue víctimas; porque los demás no son ante todo enemigos, sino seres humanos: no malvados a quienes odiar, sino personas con quienes hablar. Evitemos las visiones maniqueas, típicas de las narraciones violentas, que dividen el mundo en buenos y malos.

La Iglesia no se cansará de repetir: que callen las armas. Y quiero agradecer a Dios por quienes, en el silencio, en la oración, en la entrega, tejen hilos de paz; y a los cristianos — orientales y latinos— que, especialmente en Oriente Medio, perseveran y resisten en sus tierras, más fuertes que la tentación de abandonarlas. A los cristianos se les debe garantizar la posibilidad, no solo con palabras, de permanecer en sus tierras con todos los derechos necesarios para una existencia segura. ¡Os lo ruego, comprometámonos con esto!

Y gracias, gracias a vosotros, queridos hermanos y hermanas de Oriente, de donde surgió Jesús, el Sol de justicia, por ser «luz del mundo» (cf. Mt 5,14). Continúad brillando por la fe, la esperanza y la caridad, y por nada más. Que vuestras Iglesias sean ejemplo, y que los Pastores promuevan con rectitud la comunión, sobre todo en los Sínodos de los Obispos, para que sean lugares de colegialidad y corresponsabilidad auténticas. Cuídese la transparencia en la gestión de los bienes, y den testimonio de entrega humilde y total al santo pueblo de Dios, sin apego a los honores, al poder del mundo ni a la propia imagen. San Simeón el Nuevo Teólogo ofrecía un bello ejemplo: «Así como quien lanza polvo sobre la llama de un horno encendido lo apaga, del mismo modo las preocupaciones de esta vida y todo tipo de apego a cosas mezquinas y sin valor destruyen el ardor del corazón encendido en sus comienzos» (Capítulos prácticos y teológicos, 63). El esplendor del Oriente cristiano exige hoy más que nunca libertad de toda dependencia mundana y de toda tendencia contraria a la comunión, para ser fieles en la obediencia y el testimonio evangélico.

Os doy las gracias por esto y os bendigo de corazón, pidiéndoos que recéis por la Iglesia y que elevéis vuestras poderosas oraciones de intercesión por mi ministerio.

¡Gracias!